



Don Pasquale Liberatore

Postulador General de las Causas de los Santos

Direzione Generale Opere Don Bosco
Via della Pisana, 1111 - 00163 Roma

Roma, 31 de enero de 2007

Queridos Hermanos:

Han pasado más de tres años de la muerte de nuestro hermano

Don Pasquale Liberatore

pero su recuerdo está vivo en medio de nosotros, por cuanto nos ha dado como auténtico salesiano y celoso sacerdote, y por el servicio hecho a la Congregación como formador, superior, patrocinador de la santidad salesiana.

Esta carta de recuerdo quiere ser, ante todo, un acto de reconocimiento al Señor por todo lo que Él ha obrado en Don Pasquale, mientras recorremos rápidamente las etapas de su vida y damos a conocer el testimonio de siervo fiel, en el espíritu de Don Bosco.

Y mientras nos preparamos a escribir de él, no podemos no pensar en seguida en la emoción con que, al término de cada etapa de su trabajo como Postulador de las Causas de beatificación y canonización de un Siervo de Dios, tenía la alegría de presentar los resultados al Sumo Pontífice Juan Pablo II. Una emoción ciertamente lo llevaba a mirar el camino de santidad recorrido por él mismo, a partir de sus humildes orígenes, en un pueblo de la Basilicata, hacia su vocación salesiana y sacerdotal, al servicio prestado a los jóvenes y a los hermanos, hasta los últimos años pasados en el estudio de los Beatos y los Santos de la Familia Salesiana, dejándose inspirar por ellos.

Un camino de vida, el de Don Liberatore, que queremos recorrer con él, recordando con frecuencia cuanto él mismo ha escrito en sus diarios, y que nos hace tocar con la mano cómo la Providencia actúa en nuestras vicisitudes humanas, entretejiéndolas y componiéndolas en un designio superior, reservándonos a veces sorpresas extraordinarias.

Don Pasquale ha vivido entre nosotros, sencillo, con paso ligero, con una delicada sonrisa en su rostro, salesiano auténtico, sacerdote límpido, superior entregado al servicio de los hermanos sin medida y sin reservas, iluminado formador de conciencias y, en fin, en sus últimos trece años, 1990-2003, *arqueólogo en las ricas minas de la santidad salesiana*, como admirablemente subraya el amigo Don Luigi Benvenega en el libro “La Luce Svelata”, una preciosa biografía de este admirable hermano.¹ Una vida ejemplar, vivida en la fidelidad y en el don de sí, verdadero ejercicio de santidad salesiana. Leyendo sus diarios, descubrimos el constante deseo de alcanzar las cumbres, las cumbres del sacerdocio, de la santidad, de la perfección religiosa; la aspiración constante a la perfección humana y religiosa; el caminar hacia Dios, como único y para él natural objetivo de la vida.

Recorramos, pues, el trayecto de su vida, que poco a poco se nos desvela.

Pasquale nació el 27 de marzo de 1932 en Palazzo San Gervasio, un pueblo pequeño de la provincia de Potenza, en la Basilicata. El nombre que le pusieron el papá Giuseppe y la mamá Crescencia era ya un programa de la luz pascual que se manifestará en la vida de aquel niño. En sus apuntes, él escribirá: “Mi nacimiento sucedió en la tarde de un jueves santo ‘precisamente mientras salía la proce-

¹ Luigi Benvenega, LA LUCE SVELATA, Don Pasquale Liberatore, Loffredo Editore, Napoli 2006

sión', me precisaba mi madre. Nombre (*Pasquale*), apellido (*Liberatore*), fecha de nacimiento (*jueves santo*) son tres simpáticos símbolos para mi futuro sacerdocio".

El muchacho creció en una familia que no estuvo exenta de pruebas, pero en la que se respiraba un clima de bondad y una intensa vida de fe. El papá Giuseppe (para el que un amigo de Don Liberatore ha acuñado la expresión "la presencia de una ausencia") partió en 1936 para Etiopía apenas conquistada, dejando a la mujer y tres hijos, Pasquale, Gaetano y Domenico. El mismo Don Liberatore recuerda que su papá estuvo prisionero en India, en Inglaterra. Volvió en 1946, cuando Pasquale tenía 12 años. La mamá fue ciertamente aquella que, junto con el desarrollo físico, plasmó el alma de Pasqualino, instilando en él aquellas virtudes que se manifestarán plenamente un día en su misión de sacerdote salesiano. Una vida, la de mamá Crescencia, (un nombre hermoso, expresivo) vivida en clave de entrega pura, proveyendo a los tres hijos material y espiritualmente. Recordaba Don Liberatore en su diario: "Mi madre, Crescencia, iba a espigar. Yo la esperaba en casa con el agua fresca traída de la fuente". "Para mí era inconcebible proporcionarle el más pequeño disgusto".

Hay otra persona que Don Liberatore recuerda con gratitud: Don Rocco Miranda, el párroco santo, grande admirador de Don Bosco, animador del Oratorio y de una segunda escuela aneja, pastor celoso, óptimo catequista. Como Don Calosso acompañaba a Juan Bosco, así Don Miranda acompaña a Pasquale en su adolescencia, con el ejemplo de una profunda espiritualidad. Escribe Don Liberatore: "Yo recibía todo con extremo interés". Y las lecciones de catecismo se entrelazaban con la vida cotidiana y la oración. A doce años Pasquale era capaz de estar más de una hora en coloquio con Dios, en meditación. Son sus pa-

labras: “*Esta hora y media de coloquio íntimo...volaba*”. “Aquel librito, todo manoseado y deshecho, lo conservo todavía a la distancia de 45 años”. E insiste: “Desde el día en que vine a saber (tenía 11 años) que se podía hablar con Dios siempre, me propuse esta meta y no he tenido que fatigar mucho para lograrlo”.

Es en este clima en el que Pasquale madura su vocación. En 1945, después de la escuela media, es acogido en el aspirantado salesiano de Venosa, para frecuentar la cuarta y la quinta gimnasial. Después de los 13 años de la infancia comienza, dejando el pueblo natal de Palazzo San Gervasio, el largo e ininterrumpido viaje, para seguir a Don Bosco. Es Don Cesare Aracri quien le echa el anzuelo. *Tenemos salesianos en todo el mundo*, le susurra, secundando el deseo del muchacho, que sentía en el corazón crecer horizontes lejanos. Pasqualino pica en el anzuelo, con la perspectiva misionera, que espera realizarla a continuación. Mientras tanto, en el clima del colegio, con las inevitables dificultades, él se propone un modo de ser, cordial con todos, pero absoluto e íntimo de oración constante, profunda, sentida, teniendo delante de los ojos como modelo y estímulo a Domingo Savio. Escribe en el diario: “Domingo Savio: el grande estímulo de mi adolescencia... Él se había convertido en el confidente de mis aspiraciones más ardientes”.

Y he aquí la decisión: pide y es admitido al noviciado. Entra en el noviciado de Portici, rincón maravillo en el Golfo de Nápoles, el 15 de agosto de 1947. Hombre extraordinario es el maestro de los novicios, Don Domenico Ferraris, de carácter decidido y valiente, y, al mismo tiempo dulcísimo, de fuerte espiritualidad. Y el programa de Pasquale fue todavía más decididamente el de la santidad, teniendo siempre como modelo a Domingo Savio –“Antes mil veces la muerte que una sola imperfección” – y como guía

a la Virgen: “Seré el mayor devoto de la Madre celeste. Tra- taré de no dejarme vencer por nadie en esta devoción”.

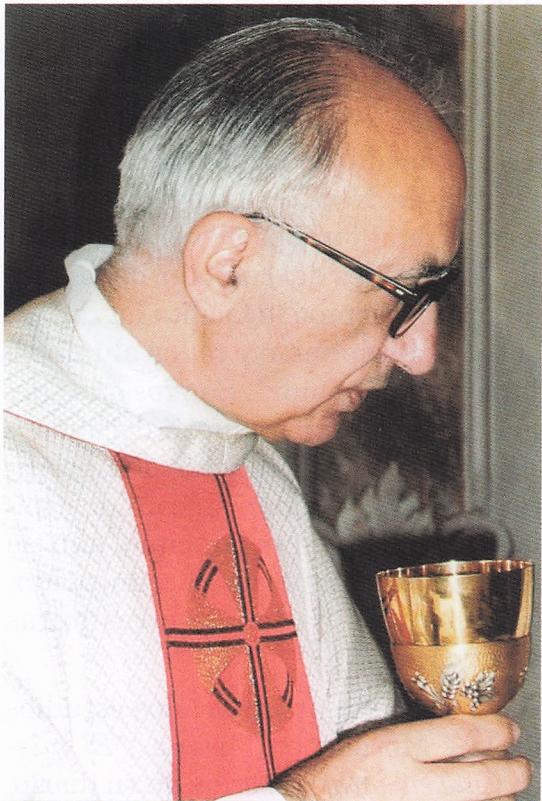
Y llegó el día esperado, el de la primera profesión, el 16 de agosto de 1948: todo del Señor, consagrado por Él, y todo de Don Bosco, de quien se hace hijo, asumiendo su programa de vida y de santidad.

Siguieron los dos años de estudios filosóficos en Torre Annunziata, que pusieron de manifiesto su amor a los estudios, con una predisposición y una predilección por la lógica, aunque desposada con el amor por el orden, por la armonía, por la belleza, por la música, por la geometría, en último análisis por la verdad. Pero también en este contexto cerrado de estudio, Pasquale vuela cada vez más alto en el cielo de la santidad juvenil, convencido siempre de que *Dios es realidad de corazón más que de mente. Y nosotros tenemos necesidad de amarlo más que de comprenderlo.*

Los años del tirocinio, en medio de los jóvenes – dos en Cisternino, luego en Tarsia de Nápoles entre los sordomudos – lo ven serio, cordial, equilibrado, silencioso y constante, siempre tranquilo. La timidez del carácter no le hace ligera la jornada, pero al mismo tiempo le facilita lograr sin esfuerzos, aparentemente, la disciplina entre los alumnos: “Tenía tanto miedo...que infundía temor”. Son *los años del terremoto* – así los llama él – que lo introducen decidida y activamente en la misión juvenil salesiana, inciden positivamente y robustecen su carácter y afinan su camino espiritual. Escribe en el diario: “Al final de tu tirocinio, aún no habiendo sido completo en el campo de la educación, puedes afirmar que tu trabajo no ha tenido otras miras fuera del Señor y tu santificación”.

Maravilloso el paso del tirocinio práctico a los estudios de las Ciencias Teológicas y Morales en Mesina. “*El misterio de Dios me fascina y me encanta*”, escribe en su diario.

Es la sed de Dios, una sed de verdad continuamente satisfecha y continuamente renovada. Junto con las lecciones de los profesores y con el estudio intenso, se enriquece con lecturas personales, escogidas con el consejo de los mismos profesores. Son páginas delicadas de espiritualidad, a las que le empuja una innata propensión a la santidad, a la perfección, colocada en las cumbres: *Diálogo del hombre y Dios* de Leclercq, *La vida intelectual* de Sertillanges, *Historia de un alma* de Teresa de Jesús, *La vida del Cura de Ars*. Son sólo algunos títulos, citados por él mismo. Y consciente de dejarse llevar, por su modo de ser, a racionalizarlo todo y demasiado, invoca un desarrollo proporcionado de



Don Liberatore mientras celebra la Eucaristía, en el acto de la consagración

su inteligencia y de su corazón: "...Que la aridez de las operaciones especulativas no sea en perjuicio de la frescura del sentimiento". Al acercarse la Ordenación, subraya lo que para él es el centro de todo. Escribe: "La misa parece ser que está próxima. Querría estar inundado de Tu Gracia. Háblame. Tengo sed de tu palabra. Tortúrame con tu Amor". Y todavía: "La santidad, vista tan atrayente, tan cercana a mí, tan a la mano, enriquecida por la garantía de la experiencia pasada, expresada en luchas y sufrimientos de diverso género, es hoy el único móvil de mi vida".

El 29 de junio de 1958 es, finalmente sacerdote, por la imposición de las manos de Mons. Carmelo Canzonieri. Entre una selva de propósitos y de promesas, con detallados programas, por encima de oraciones y agradecimientos, descuelga, y no se nos puede ocultar, una imploración que ilumina todo su pasado y es garantía para la vida futura: "*Señor, que yo pueda conservar la inocencia bautismal*". Y todavía: "Comunicar el gusto de la Verdad... Sentir el tormento de amarte y de hacerte amar".

Con tal entusiasmo, enriquecido por la gracia del Señor, Don Liberatore comienza su apostolado de salesiano sacerdote en medio de los jóvenes. Carmiano, en la provincia de Lecce, es la sede de su primera misión, como maestro y formador de jóvenes aspirantes al sacerdocio. Giovanni Paladini e Luigi De Luca, alumnos de Don Pasquale en estos años, narran cosas estupendas, recuerdos nostálgicos de este período: la amistad que facilita el educar: el hacer hacer a los jóvenes, más que el hacer por ellos: la maravillosa autogestión juvenil; las buenas noches esperadas como epílogo y alabanza de la jornada y anuncio del mañana lleno de otro entusiasmo.

Tenía apenas treinta años Don Liberatore, sanador de almas juveniles, asiduo y solicitado predicador de ejercicios

espirituales a los jóvenes de los Liceos de Soverato, de Tarento y de otras prestigiosas sedes; confesor buscado, donde revela el carisma de maestro y guía en la dirección espiritual de las almas, que lo acompañará toda la vida. De estos primeros años de ministerio escribe: “Los primeros seis años de sacerdocio los recordaré siempre como los más ricos, los más fecundos, los más creativos, los más felices”.

En 1964 los Superiores, considerando ciertamente la buena prueba dada de animador y guía, le confían la responsabilidad de Director de comunidad. Dos años (1964-1966) en Venosa, un regreso a la casa de su inicio vocacional. Una vida de total disponibilidad para los hermanos y para los jóvenes, mientras prosigue el camino hacia la santidad. Escribe: “¿Quién podría creerte? Tengo la serenidad de mis 12 años y alguna cosa más... Sé bendito, Señor”.

Luego, en 1966, es la hora de Santeramo in Colle, mandado a fundar aquella casa, a crear tradiciones, implantando a Don Bosco y su espíritu. Primer objetivo, plantear la casa con seriedad escolástica y educativa. Método infalible, que facilita la obra educativa, la presencia en medio de los muchachos siempre y en todas partes: “Siento la alegría de ser comido por los muchachos. Siempre con ellos, entre ellos. Los escucho sin prisa. Siempre a su disposición”. El Oratorio es el orgullo del pueblo. Se viven momentos de gran alegría y de entusiasmo sincero y auténtico. Período extraordinario. Los de Santeramo lo aman.

En 1970, después de cuatro años de trabajo entre los muchachos de Santeramo, es llamado a una nueva y comprometida responsabilidad: Director del Instituto Teológico “Santo Tomás” de Mesina. En un momento delicado, en el clima postconciliar, que había abierto nuevos caminos a los estudios teológicos, aunque no sin resistencias o impulsos hacia delante, Don Pasquale Liberatore pareció el hombre

que podía dirigir con equilibrio, con competencia, con profunda adhesión a la Iglesia y con sana mente la comunidad vivaz y rica de Mesina.

Algún amigo expresó la duda de si Don Pasquale iría a la *fosa de los leones*. El amigo no conocía en la medida completa las capacidades ocultas de Don Liberatore, que fue a Mesina con temor y también con sencillez, confiando en Dios y en la fuerza que le venía de obedecer. Leemos en el diario: “Hoy – hora 11,15 – inmerso en la alegría más alta... en la tierra te he dicho: Señor, dispuesto a todo. Ayúdame a ser coherente”.

Es hermoso recordar una de las líneas trazadas para su compromiso de Director: “Aun siendo propenso a ‘hacer’, he tomado siempre como programa el ‘hacer hacer’, según el consejo de Don Bosco... Esta metodología resulta siempre triunfadora”.

Don Pasquale desempeña su función de Director, de animador, de moderador con desenvoltura y serenidad, haciendo fructificar el carisma del diálogo, tan de acuerdo con él, con sus palabras, dichas con delicadeza y sin pretensiones, persuasivo y bien aceptado. Los dos años de Mesina, en aquel clima culturalmente efervescente, fueron para él momento precioso de ulterior maduración.

Y he aquí que en junio de 1972 el Rector Mayor, Don Luigi Ricceri, lo llama a Roma, y le comunica que el Consejo General ha manifestado el propio voto para su nombramiento como Inspector de la Inspectoría Meridional, la más extensa de Italia, 450 hermanos y 30 casas, en la Campania, Puglia, Basilicata, Calabria, de nuevo reunidas conjuntamente. Se puede imaginar que aquella obediencia le habrá costado, pero él emprendió el nuevo cargo con disponibilidad y confianza en el Señor. Y fue Inspector desde julio de 1972 hasta julio de 1978.

Entre los propósitos Don Pasquale, de modo esencial, escribió y se prefijó su norma de superior en estos seis años de desorientación y de crisis también entre los Salesianos de la Provincia Meridional: “Haz una lectura periódica de los hermanos, posiblemente delante del Santísimo. Debes saber ‘perder tiempo’ con los hermanos. Habla con el interesado y ten confianza en el tiempo. No escuchar nunca a quien insinúa algo sobre los demás. No impacientarte nunca. Es en el tono de tu voz donde se lee la calma interior”.

Respeto absoluto, sensibilidad exquisita, delicadeza en el discernimiento de las obediencias que confiar, unida a prudencia y a intuición. Y mucho íntimo sufrimiento frente a defeciones que no se supieron evitar, frente a incomprendiciones y a inflexibilidades de hermanos. No tenía paz mientras no hubiera restablecido la armonía, y no se hubiera reconciliado con ellos.

Al término del sexenio, he aquí un nuevo deber comprometedor que los Superiores le confían. Don Liberatore pareció el más idóneo para desempeñar la delicada función de *Delegado para la Formación permanente* en las Inspectorías de Italia (CISI). Asumió aquella responsabilidad de acompañante y animador de los cursos de formación para los Salesianos inmersos en el trabajo educativo pastoral y necesitados de actualización y renovación. A un breve período de permanencia en Tierra Santa, unos quince días, seguía un período de formación en Italia, unos 30 días bajo la guía de Don Liberatore, con toda la seriedad y con la competencia de que era capaz en Roma, en Mesina, en otros centros salesianos, con conferencias, momentos de retiro, visitas, entretenimientos de diverso género; prácticamente un mes y medio de auténticos Ejercicios Espirituales, ricos y variados de iniciativas, de vida de familia, de novedades enriquecedoras y preciosas. El recuerdo de esta

experiencia permanece vivísimo y se hace agradable en la memoria de cuantos, sacerdotes y coadjutores – son muchos, hasta centenares – tomaron parte en los seis años de 1978 a 1984.

Un tiempo fuerte de espiritualidad, de rejuvenecimiento, de renovación, como auspiciado por el Concilio Ecuménico. Una necesidad, como bien escribía Don Pasquale: “Para crear el equilibrio entre el mundo externo y el mundo interior, es preciso aprender a guiar el auto de la vida con ojos bien abiertos, para ser siempre religiosos y testigos apóstoles”. Brota así la necesidad de una conversión permanente.

La función noble de formador de conciencias, de reformador permanente de almas, ya desde una vida consagrada a Dios, era la más congenial a un hombre de tanta altura espiritual y religiosa, que no se paraba en la letra, sino que vivía con profunda convicción y vivo testimonio lo que decía y enseñaba a los demás.

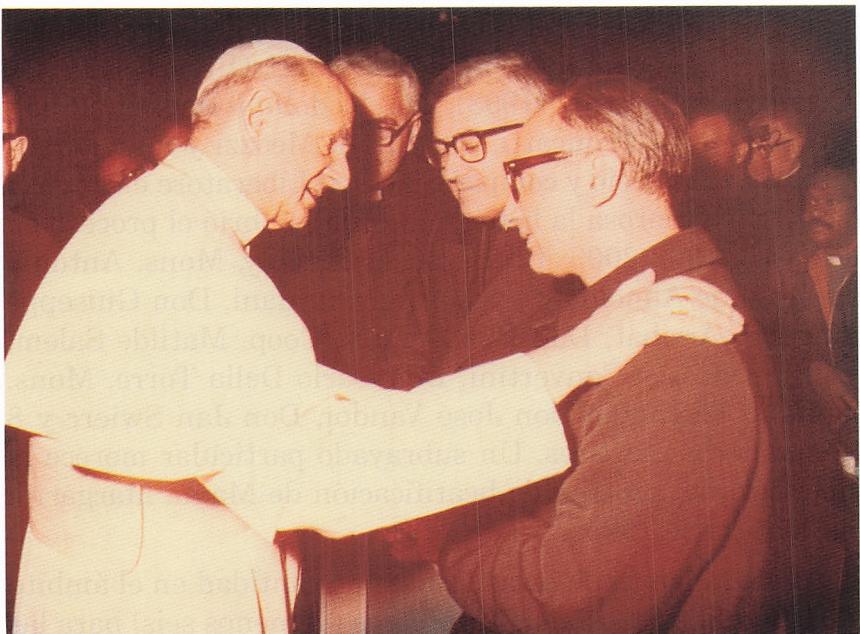
Fue, pues, una sorpresa, al menos para algunos y en aquel momento, cuando en 1984, después de seis años dedicados a esta noble tarea, los Superiores le confiaron nuevamente la responsabilidad de Inspector de la Inspectoría Ligure-Toscana. Había sido en 1980 Visitador extraordinario en esta Inspectoría y tal vez algún hermano temía que llegase con prevenciones. Pero la sorpresa desapareció en seguida a su llegada a la Inspectoría. Así lo recuerda un hermano de aquella Inspectoría: “Conocía y recordaba a todos. Todos grabados en su ánimo con una memoria de amor, de gentileza, de amabilidad. Todos quiere decir todos. Y fueron seis años que sólo a la luz del después se recuerdan como los años del superior delicado, rico de una cortesía sin reservas, sin la sombra de un error, sin arrebatos, sin una prepotencia, a las que a veces el superior en

el ejercicio de la autoridad se ve forzado a recurrir. Más la caridad que la autoridad. Más el respeto por la persona que la autoridad y la decisión. Hombre delicadísimo, gran señor, incomparable superior, este nuestro Don Liberatore.

Pudo visitar la misión de Ebolowa en el Camerún, confiada a los Salesianos de la Inspectoría Ligure-Toscana. Apreció sin reservas el trabajo inmenso de sus Salesianos. "Haced, dijo; haced. Pero no me pidáis dinero ni personal". Fueron sólo palabras, dictadas por preocupaciones comprensibles. Porque luego las ayudas económicas llegaron de la Inspectoría en abundancia, como contaba don Gino Cencini, economista inspectorial, y como cuenta don Elio Torrigiani, que le sucedió como economista. En cuanto al personal, no se detuvo hasta que tuvo la satisfacción de ver partir para Ebolowa a las Maestras Pías Venerine, de la Beata Rosa Venerine.

Al concluirse el sexenio, en septiembre de 1990, a la edad de 58 años, Don Pasquale fue llamado por los Superiores al lado de Don Luigi Fiora, Postulador para las Causas de los Santos, ya avanzado en años, para que en el momento oportuno pudiese sustituirlo. Y fue en 1992 cuando Don Liberatore fue nombrado por el Rector Mayor *Postulador para las Causas de los Santos salesianos*.

Siempre había tenido gran pasión por el cielo, pasión también astronómica, como se conoce por la correspondencia con el amigo Giovanni Paladini, admirados ambos de los detalles del planeta Marte, mejor conocido. Ahora es el cielo de la santidad, son los santos quienes le llaman, lo entusiasman, lo estimulan. De ellos quiere poblar el cielo salesiano, para que como estrellas visibles brillen para los jóvenes. Escribe: "*Sin que lo hubiese buscado ni pensado nunca, me encuentro en una situación óptima, con un trabajo que me resulta tan congenial*". Con la meticulosidad,



Don Liberatore con el Papa Pablo VI

el orden, la precisión, el ansia y la calma conjuntamente, la pasión por un amor antiguo, la santidad.

Son numerosas las Causas en el ámbito de la Familia Salesiana que ha acompañado en los once años de su trabajo como Postulador. Presentemos la lista, tal vez no completa. Además de la canonización de los Santos Mártires Luigi Versiglia y Callisto Caravario (2000), es estos años llegaron a la meta de la beatificación: Sor Magdalena Morano FMA (1994), Don Józef Kowalski y 5 jóvenes polacos oratorianos (1999), Coadj. Artémides Zatti, Don Luigi Variara, Sor María Romero FMA (2002). De Don Augusto Czartoryski, Sor Eusebia Palomino FMA, Alexandrina Maria da Costa Cooperadora (beatificados en 2004) Don Liberatore había ya llevado a conclusión la Causa. De los si-

guientes se alcanzó el reconocimiento de las virtudes heroicas (“venerabilidad”): Mons. Luigi Olivares (1992), Coadj. Simone Srugi (1993), Don Rodolfo Komorek (1995). De Sor María Troncatti, Sor Laura Meozzi y de los mártires Sáiz Aparicio y compañeros Don Liberatore entregó la *Positio*. Numerosa la lista de los que se abrió el proceso en los años 1992-2003: Don Ignacio Stuchly, Mons. Antonio Lustosa de Almeida, Coop. Atilio Giordani, Don Giuseppe Augusto Arribat, Don Elia Comini, Coop. Matilde Salem, Don Francesco Convertini, Don Carlo Della Torre, Mons. Stefano Ferrando, Don José Vandor, Don Jan Swierc y 8 compañeros mártires. Un subrayado particular merece la apertura del proceso de beatificación de Mamá Margarita en febrero de 1995.

Pero, además de estas Causas de santidad en el ámbito de la Familia Salesiana, hubo otras (al menos seis) para las cuales Don Liberatore fue nombrado Postulador. Entre ellas destaca ciertamente el nombramiento de Postulador de la Causa de beatificación y canonización del Papa Juan Pablo I, a partir del proceso diocesano en la Diócesis de Belluno.

Este trabajo sobre la vida y la santidad de tantos hermanos y hermanas era un estímulo para él para avanzar por el mismo camino. Leemos en su diario: “Señor, haz que no sólo me interese de tus Santos, no sólo me commueva delante de ellos, sino que entre por su mismo camino”. “Hacer surgir entusiasmo contemplando el firmamento de los santos”.

Hay que añadir también el ministerio, iluminado e iluminante, que desarrolló a favor de muchas religiosas. Sería larga la lista de las que lo escogieron como referente de su vida espiritual. Pero también largo es el número de las congregaciones, de los institutos religiosos, cléricales y secu-

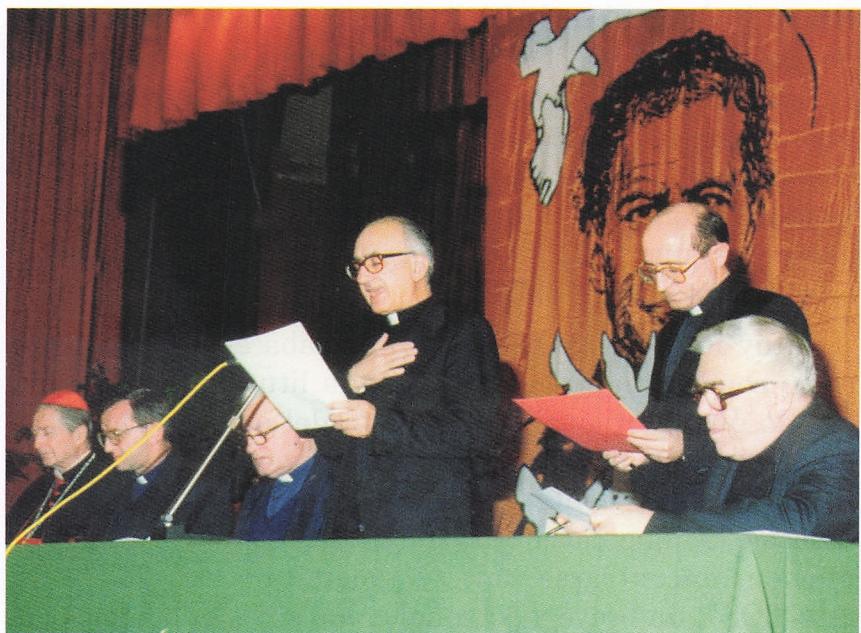
lares, que acudían a él con ocasión de eventos importantes, como la presentación y la profundización de las Constituciones, la preparación y las celebraciones de Capítulos Provinciales, conferencias para los centenarios, preparación a recurrencias extraordinarias. “Estilo delicado y firme, tranquilo y seguro, señoril, sincero, paternal, pero no indulgente con la mediocridad, prudente con la sabiduría de los santos, agudo en la penetración de las problemáticas religiosas, abierto a las instancias conciliares, anclado en bases sólidas, claro y transparente como agua fresca”. Es el testimonio de una Madre Superiora.

El Señor se lo llevó de improviso. En su mesa de trabajo estaban esparcidas las cartas referentes al proceso de beatificación del Papa Luciani, que el inolvidable Mons. Vincenzo Savio, obispo salesiano de Belluno, le había confiado. Era el 30 de octubre de 2003. Pero, aunque la muerte llegó de modo improviso, él estaba preparado. En sus diarios hay varios pensamientos sobre la muerte. Os ofrezco dos. “Estar dispuestos todos los días a presentarnos a Dios... Deseo tener la maleta preparada...”. “Sólo una verdadera intimidad con Dios, cultivada hasta hacer de ella una exigencia, te guiará a la PAZ interior y te preparará a aceptar serenamente la MUERTE”.

Muy interesante es lo que afirmaba el Rector Mayor como conclusión de la homilía en la liturgia exequial, diciendo que, aun sintiendo la falta del querido Don Pasquale, “con su palabra sabia e iluminante, con su rostro tranquilo y sonriente”, él, “nos deja un testimonio y un mensaje del que hacer tesoro. Su testimonio y su mensaje pueden encontrarse en su poemita titulado “LOS SANTOS”, un breve y personal credo suyo, que hemos encontrado en su despacho y que me sirve como conclusión ideal de esta homilía. En él hace un elogio de los Santos; da

gusto leer la riqueza de imágenes utilizadas para hablar de Dios, de la santidad. Leyendo el poema he podido tocar con la mano su relevante y fina sensibilidad humana y espiritual y sentir su anhelo de plenitud de vida, de amor y de felicidad en Dios, su fuerza interior, su experiencia espiritual, que quería compartir y que sabía proponer de forma apasionada y convincente”.

Junto al Rector Mayor, proponemos este poemita, que es en verdad una invitación y un testimonio de santidad.



Don Liberatore en la apertura e la Causa de Beatificación del Cooperador Atilio Giordani en Milán, presente el Cardenal Carlo Maria Martini.

LOS SANTOS

*“Ellos serán como estrellas en el cielo:
resplandecerán como el firmamento”*

Visibles a millares

como las estrellas a simple vista,
pero incomparablemente más numerosos
con el telescopio que alcanza también
a los que carecen de aureola.

Volcanes incandescentes

como grietas
sobre el misterio del Fuego Trinitario.

Aventurosos romances

escritos por el Espíritu Santo
donde la sorpresa es norma.

Existencias del más variado género literario
pero siempre fascinante:
del estilo de un drama con el sabor de una fábula.

Clásicos de la sintaxis de las Bienaventuranzas,
siempre convincentes
gracias a su gozosa existencia.

Cosmonautas del espacio

a los que se deben los más arduos descubrimientos
posibles sólo a quien tanto se distancia de la tierra.

Gigantes tan diversos de nosotros
como siempre lo es el genio
y, sin embargo, conciudadanos de nuestra misma raza.

Sujetos a errores y fracasos

pero siempre hombres de excepción:

no se los vulgariza con la excusa de sentirlos compañeros de viaje

Signos de la absoluta gratuitad de Dios

que enriquece y eleva

según los misteriosos criterios de Su liberalidad.

Tienen por residencia una paz inalterable

por encima de los conflictos humanos comunes

aunque siempre insatisfechos porque no cesan de tender siempre a más.

En órbita alrededor de lo esencial

ellos, los profetas del absoluto.

Grandes artistas

en la fragua de lo Hermoso

delante del cual se extasia el corazón humano.

Hombres y mujeres logrados

testigos de la secreta armonía entre naturaleza y gracia.

Locos de Dios

enamorados hasta tal punto

que editan un vocabulario desconcertante.

Los más lejanos, por instinto, de todo género de culpa

y los más cercanos, siempre,

a toda categoría de culpables.

Plateas sobre las que lo divino da espectáculo

y humildes espectadores ellos mismos,

gracias a un despiadado conocimiento de su nada.

Empeñados en un continuo esconderse,

pero inevitablemente luminosos

como ciudades construidas sobre el monte.

Portadores de mensajes eternos
más allá del tiempo,
del progreso, de las culturas, de las razas.

Palabras de fuego

que el Señor pronuncia para sacudir nuestra indolencia,
baquetazos que el Maestro Divino da en el banco, para
despertarnos a nosotros, alumnos distraídos.

Milagros vivientes

ante los que no se necesitan expertos
para aceptar lo extraordinario del Evangelio
vivido sin glosa.

Heroicamente desapegados de lo humano
ellos, especialistas en superlativo
de las matizaciones humanas

Verdaderos maestros de psicología
que por el camino del amor
llegan a los repliegues más recónditos
del corazón humano.

Capaces de hacer vibrar nuestras raíces mejores,
y tocando las cuerdas de antigua resonancia
infunden nostalgia de futuro

Como las estrellas del cielo:
tan diversas entre sí
y, en el fondo, encendidas por un mismo fuego.

Es muy hermoso, como conclusión de esta carta de recuerdo de Don Pasquale Liberatore, transcribir la inscripción colocada sobre su sepulcro, que resume bien algunos rasgos significativos de su persona:

*Salesiano seguidor de Don Bosco
injertó
una extraordinaria caridad pastoral
en un equilibrio humano;
promoviendo las causas de canonización
encendió
muchas estrellas en el cielo de la santidad salesiana
y se extasió
tanto con aquel fulgor
que resplandeció también él con la misma luz.*

Mientras damos gracias al Señor por habernos dado en Don Pasquale Liberatore un salesiano sacerdote completamente enamorado de Cristo y entregado al servicio de los jóvenes, de la Congregación y de la Iglesia, queremos tomarlo como modelo en el camino de nuestra vocación a la santidad.

D. Adriano BREGOLIN, SDB

Vicario del Rector Mayor

PARA EL NECROLOGIO

Liberatore Pasquale

Nacido en Palazzo San Gervasio (Potenza, Italia) el 27 de marzo de 1932, y fallecido en Roma el 30 de octubre de 2003, a la edad de 71 años, 55 de profesión salesiana y 45 de sacerdocio.

Fue por 12 años Inspector y por 11 Postulador General de las Causas de los Santos.

